

Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo



LEON ROZITCHNER

"Antonin Artaud y el fundamento de la razón"

Horacio González habló bella y sabiamente del arte, partiendo del *Elogio de la locura*, de Erasmo, un humanista racional y cuerdo que escribió sobre la locura. Yo, por el contrario, voy a hablarles de un poeta loco, un decidor de verdades inauditas que en el desborde de su cuerpo fragmentado buscaba una racionalidad nueva. Artaud, un poeta reflexivo que desde la "locura" poética enuncia un punto de partida diferente para la razón que los filósofos cuerdos no alcanzan. Una experiencia distinta, hasta donde no llegó la cordura racional de Erasmo. Una aventura del cuerpo pensante para extraer de la crueldad sufrida una enseñanza amasada a costa de mucho sufrimiento. Alguien que puso en juego los límites incandescentes, donde lo turbio de su propio ser, pero con la claridad de su conciencia, enfrentó hasta la locura la razón patriarcal y apocalíptica de Occidente.

Digresión sobre la razón

Artaud enfrenta el problema central de nuestra época: el racionalismo capitalista triunfante y destructivo. Cuando el hombre piensa y ordena la realidad, y transforma el mundo y crea nuevos poderes de vida, pero también crea poderes inéditos de destrucción y de muerte, ¿con qué razón piensa? ¿Desde dónde parten los supuestos mínimos del pensamiento para pensar algo tan escindido, tan contradictorio, tan contrario a la vida?

Formamos parte de una experiencia nueva irreductible y diferente de toda otra. Hemos llegado al punto extremo donde esa racionalidad se manifiesta en construcciones científicas y abstractas que han tomado como objeto al mundo, material y subjetivo: abarca y determina con su orden la totalidad de las cosas y de los hombres. Y esa experiencia define de manera insoslayable nuestra pertenencia al Occidente cristiano que marca todos los aspectos de la vida cotidiana, desde los más íntimos y personales hasta los más objetivos y colectivos. Sin comprender ese fundamento es imposible llegar hasta los cimientos de esta desazón y de este fracaso que nos sitúa ante la posibilidad de quedar completamente destruidos, y que hace que el pesimismo irradie e invada todos nuestros actos.

La razón, al desalojar su origen subjetivo sensible y corpóreo, se distanció del cuerpo pensante.

"Para pensar, tenemos imágenes, tenemos palabras para estas imágenes, tenemos representaciones de objetos. (...) Pero la razón no tiene más que una forma más o menos vacía de verdadero pensamiento." (115)

La conciencia racional occidental está vaciada porque excluye las relaciones sensibles, afectivas e imaginarias sobre las cuales se funda. Construye una experiencia que corresponde a una determinada concepción histórica y a una mística patriarcal que alejó al pensamiento de la Naturaleza (como llama Artaud a este olvido que otros llaman del Ser): el cuerpo materno, como veremos, que fue radiado del origen imaginario y sensible del pensamiento.

Contra el pensamiento crítico

Hay que encontrar las razones de un optimismo nuevo que no se apoye en ese pensamiento "realista" que afirma, como consuelo y hasta como rasgo de valentía, que todo lo cruel que nos sucede ahora siempre ha sucedido: que la destrucción acompañó siempre en la historia a toda obra humana. Y aceptar, para ser coherentes y justificarlo todo, que en el fondo del hombre hay, como postulaba Freud, un instinto de muerte. Y que más vale vivir la vida tal como ésta se ofrece, sacándole el mejor partido, gozando de las bellezas creativas de la amistad, del amor o del arte, ayudando al prójimo más próximo, en vez de seguir criticando inútilmente, dicen como si fueran incompatibles, las condiciones de la realidad que nos quita la espontaneidad de nuestro único destino. Que la crítica deforma la realidad viviente y nos impide acceder a su plenitud provocadora. Que hay que hacer un voto de pobreza crítica porque, siguen diciendo, ese pensamiento crítico, que nos distancia de lo dado y disuelve su riqueza, conspira contra las ganas de un presente intenso que está disponible en cada momento de la vida, por ingrata que ésta sea. Pero mal que les pese, pensamos, esa racionalidad que no ponen en duda los sigue determinando férreamente, sin embargo, aun en la indiferencia crítica que alegan.

Y nos preguntamos: ¿no será que la razón crítica que repudian ha sido excluida hasta ese extremo porque la piensan desde un fundamento que esa razón abstracta, a fuer de negada, lleva en sus entrañas la imposibilidad de pensar desde ella otra cosa que no sea el desconsuelo y el fracaso como condición de lo humano? El ejercicio de esa modalidad de pensamiento ¿no implica una cierta restricción y hasta la destrucción de los poderes del cuerpo, un cierto límite a la sensibilidad, a la imaginación y al afecto luego de que el terror nos hubiera triturado las ganas o el deseo?

La negación nihilista a toda crítica racional, sin distinciones, implica una determinada concepción de esa misma razón, que no pone en duda su propio punto de partida, que impide pensar al sentimiento sobre el cual se apoya ese pensamiento. Porque el desconocimiento de una razón que trabaja desde lo más hondo quizás nos obligue luego, a fuer de pensantes, a movernos con una razón que se desliza sobre la superficie aplanada de un mundo cuya crueldad soslayamos. El terror que barrió este siglo hizo enmudecer de pavor los cimientos carnales de la razón pensante. Por eso, Artaud desconfía de "todo lo que no manifieste un estado orgánico, todo lo que no sea una exudación física de la inquietud del espíritu". "El pensamiento va de adentro hacia fuera. (...) Comienzo a pensar en medio del vacío, y del vacío voy hacia lo ▶



"Antonin Artaud y el fu

LEON RO

pleno." Artaud exageraba, es cierto, porque ese vacío suyo quizás no es más que un lleno temido por la cultura dominante.

La razón y el marxismo

Para plantear el problema del racionalismo es necesario criticar también esa fantasía a la defensiva, esa mistificación que ataca el fundamento mismo de la subjetividad y por lo tanto del imaginario que se produce, cultura mediante, desde las marcas primeras de la infancia. La experiencia profunda suponía para Artaud transformar el realismo marxista en surrealista. "La revolución comunista ignora el mundo interior." Eso sucede hasta en las mejores familias; para el caso, en muchos de aquellos que han pensado y promovido las revoluciones socialistas. Pero para reorganizar lo imaginario del mundo desolado, que impedía la acción y deformaba el pensamiento, se debía retornar a abrir en sí mismo el espacio de las primeras marcas fundadoras que organizan "el mundo interior" de los rebeldes. Llegar, por otros medios, al fundamento de este materialismo inocente y mecanicista, determinado profundamente por aquello mismo que combatía, sobre el cual se creyó apoyar la liberación del hombre en este siglo de revoluciones frustradas. Revoluciones que, en su fracaso, han revelado el fundamento inconsciente, el horror subjetivo que nos viene impuesto desde el nacimiento.

Hay que alcanzar "un conocimiento de los fondos ocultos del Hombre, que se había perdido desde antes de los Tiempos (...), ese fondo de imágenes terroríficas que nadan en el inconsciente", y que la revolución no había enfrentado. Y lo busca en otras fuentes distantes de la europea. Y hasta ellas fue a buscarlas.

La razón no es la de un ser que existe sólo porque piensa, definido por su pensamiento. La razón es la de un cuerpo sexuado cuyas experiencias primeras han sido jerarquizadas por el patriarcalismo hasta erradicar de su origen el valor del cuerpo engendrador de la vida: lo materno femenino. Porque entre la mujer y el hombre, más allá del sexo hay, naturalizada, una metamorfosis imaginaria y afectiva que determina no sólo los pensamientos más simples sino hasta las ecuaciones racionales y las elaboraciones filosóficas más sutiles. Que antes de la lucha de clases hubo un rotundo dominio masculino sobre lo femenino, aunque sostengamos luego los más justos reclamos sociales. No basta con tomar el partido de los pobres: hay una pobreza anterior, que es la del espíritu que nos acompaña. Cada uno lleva dentro de sí un pobre sometido al que ignoramos.

Ya Marx decía que en la relación del hombre con la mujer, como presa y sierva de la lujuria comunitaria, "se manifiesta como un hecho sensible, de manera inmediata, la infinita degradación en la que el hombre existe para sí mismo". El Otro del hombre es la mujer, y recíprocamente. En el límite que se entreabre entre un sexo y otro, donde se manifiesta lo más heterogéneo en el seno de lo homogéneo humano mismo, allí se instaura el corte con el que la razón patriarcal intenta neutralizar la potencia fragmentada de su propio poder. Para lograrlo, excluyó de su origen al significante sensible femenino –su extremo negado– por el cual advino a la vida, y lo reemplazó con el imperio de la razón masculina. Sin embargo, pensamos, el primer significante desde el cual la razón despunta, se origina en el rítmico vaivén amoroso de ambos sexos enlazados.



Artaud considera que lo femenino, que nombra como "naturaleza" [el cuerpo de la mujer siempre fue considerado como mera Naturaleza, y el hombre como Espíritu que, al inseminarla, la domina], es lo que fue olvidado en el marxismo político: el fundamento donde la racionalidad occidental se asienta al deslindarla. Por eso escribe contra un marxismo restringido: "Marx fue uno de los primeros que vivió y que sintió la Historia (...), pero se detuvo (...) sin abrirse a la naturaleza". "La juventud desea elevarse primero hasta la naturaleza ántes de dejarse anonadar por la parte económica de los hechos."

No importa si lo que dice de Marx sea cierto, aunque es válido para sus adeptos.

> *Porque comenzamos a pensar sólo desde la madre reprimida y asexuada: pensar desde el terror –la amenaza de castración, la llaman– que nos separa de ella. Para pensar tenemos que acallar las marcas de su cuerpo cálido y vivo.*

Artaud no niega a la economía: sólo nos dice que hay que pensarla desde antes, y desde otro sitio.

La razón no es una conquista sublime del hombre pensante sino el resultado de una dominación patriarcal bajo la cual se oculta su esencia escindida y degradada. Es en los cuerpos sexuados donde el poder se debate: frente a la "naturaleza" de lo femenino, el horror deja paso a lo Diferente travestido de lo Mismo, que resulta más benigno y sólo por eso gozado.

Hasta el racionalismo humanista más crítico y moderno se proclamó, inocente y seguro de sí mismo, como una razón neutra y asexuada: "El Humanismo del Renacimiento no fue un engrandecimiento sino una disminución del hombre, ya que el Hombre dejó de elevarse hasta la Naturaleza (...) y la consideración exclusiva de lo humano hizo perder lo Natural".

La razón no penetra en el corazón secreto de las cosas y los seres, e ignora los misterios oscuros y anhelados que la persiguen y la aterran si osara pensarlos: ignora que el pensar es una "exudación física de la inquietud del espíritu". "La razón no tiene más que una forma más o menos vacía de verdadero pensamiento. La razón del espíritu [patriarcal] mira siempre a la muerte. La razón, facultad europea exaltada desmesuradamente, es siempre un simulacro de la muerte. La razón que registra hechos es un simulacro de la razón muerta. (...) Europa ha despedazado la naturaleza con sus ciencias separadas. Biología, historia natural, química, física, psiquiatría, neurología, fisiología, todas estas germinaciones monstruosas, orgullo de las universidades", y ahora –agregaríamos– orgullo de las multinacionales. "Lo que el paganismo ha divinizado, Europa lo ha mecanizado." "Nosotros aspiramos a arrebatárselo a esa ciencia que ahoga nuestra vitalidad." La razón mira a la muerte porque se apoya sobre aquello que primero tuvo que matar en sí misma para pensar luego. "Junto con la revolución social y económica indispensable, esperemos todos una revolución de la conciencia que nos permitirá curar la vida."

Por eso el surrealismo "es un movimiento vestido de imágenes": el elemento sensible en el cual cobran sentido las palabras que la conciencia enuncia.

"Un terrible hervor de revuelta contra toda forma de opresión material o espiritual nos agitaba. (...) Padre, Patria, Religión, Familia. (...) En esta revuelta comprometíamos materialmente el alma."

Si no recuperamos entonces como fundamento del pensar racional esa impronta sensible, afectiva e imaginaria, cuyo origen está acallado y metamorfoseado –tra vestido–, estamos despojando al hombr de poder crear ideas nuevas, porque la ideas son relaciones entre seres, cosas imágenes y afectos, y no –como se dice– sólo un desplazamiento encadenado de significantes descorporizados. Para pode pensar hay que sentir e imaginar desde lo más hondo. La pregunta es: ¿cómo la cul tura ordena esas relaciones imaginarias y esos sentimientos primeros para inscribir en ellos su propia jerarquía, su "ordo amoris"?

Poner el cuerpo implica –más allá de empirismo– ir al origen mismo de nuestro propio fundamento. El problema reside en que la conciencia no quiere pensar el fundamento que la convirtió en conciencia. Por eso dice: "La conciencia es una forma más o menos vacía de verdadero pensamiento".

> *Quiere volver a la pureza encubridora de la fantasía cristiana de su propio nacimiento para evadirse del martirio del hospicio, donde sus imágenes rebeldes son consideradas como alucinaciones y delirios.*

Patria, Patrón, Padre

Artaud enfrentaba, como revolucionario, tres poderes de coerción: Padre, Patria y Patrón. El poder del Patrón y de la Patria se refiere a la dominación económica. Pero, ¿qué significa Padre –todas las formas del Padre– para la revolución política?

El poder del Padre forma sistema con el poder del Patrón y de la Patria.

"Padre, Patria y Patrón es la teología que



"Antonin Artaud y el fundamento de la razón"

LEON ROZITCHNER

pleno." Artaud exageraba, es cierto, porque ese vacío suyo quizás no es más que un lleno temido por la cultura dominante.

La razón y el marxismo

Para plantear el problema del racionalismo es necesario criticar también esa fantasía a la defensiva, esa mistificación que ataca el fundamento mismo de la subjetividad y por lo tanto del imaginario que se produce, cultura mediante, desde las marcas primeras de la infancia. La experiencia profunda suponía para Artaud transformar el realismo marxista en surrealista. "La revolución comunista ignora el mundo interior." Eso sucede hasta en las mejores familias; para el caso, en muchos de aquellos que han pensado y promovido las revoluciones socialistas. Pero para reorganizar lo imaginario del mundo desolado, que impedía la acción y deformaba el pensamiento, se debía retornar a abrir en sí mismo el espacio de las primeras marcas fundadoras que organizan "el mundo interior" de los rebeldes. Llegar, por otros medios, al fundamento de este materialismo inocente y mecanicista, determinado profundamente por aquello mismo que combatía, sobre el cual se creyó apoyar la liberación del hombre en este siglo de revoluciones frustradas. Revoluciones que, en su fracaso, han revelado el fundamento inconsciente, el horror subjetivo que nos viene impuesto desde el nacimiento.

Hay que alcanzar "un conocimiento de los fondos ocultos del Hombre, que se había perdido desde antes de los Tiempos (...), ese fondo de imágenes terroríficas que nadan en el inconsciente", y que la revolución no había enfrentado. Y lo busca en otras fuentes distantes de la europea. Y hasta ellas fue a buscarlas.

La razón no es la de un ser que existe sólo porque piensa, definido por su pensamiento. La razón es la de un cuerpo sexuado cuyas experiencias primeras han sido jerarquizadas por el patriarcalismo hasta erradicar de su origen el valor del cuerpo engendrador de la vida: lo materno femenino. Porque entre la mujer y el hombre, más allá del sexo hay, naturalizada, una metamorfosis imaginaria y afectiva que determina no sólo los pensamientos más simples sino hasta las ecuaciones racionales y las elaboraciones filosóficas más sutiles. Que antes de la lucha de clases hubo un rotundo dominio masculino sobre lo femenino, aunque sostengamos luego los más justos reclamos sociales. No basta con tomar el partido de los pobres: hay una pobreza anterior, que es la del espíritu que nos acompaña. Cada uno lleva dentro de sí un pobre sometido al que ignoramos.

Ya Marx decía que en la relación del hombre con la mujer, como presa y sierva de la lujuria comunitaria, "se manifiesta como un hecho sensible, de manera inmediata, la infinita degradación en la que el hombre existe para sí mismo". El Otro del hombre es la mujer, y recíprocamente. En el límite que se entreabre entre un sexo y otro, donde se manifiesta lo más heterogéneo en el seno de lo homogéneo humano mismo, allí se instaura el corte con el que la razón patriarcal intenta neutralizar la potencia fragmentada de su propio poder. Para lograrlo, excluyó de su origen al significante sensible femenino –su extremo negado– por el cual advinó a la vida, y lo reemplazó con el imperio de la razón masculina. Sin embargo, pensamos, el primer significante desde el cual la razón despunta, se origina en el rítmico vaivén amoroso de ambos sexos enlazados.

Artaud considera que lo femenino, que nombra como "naturaleza" [el cuerpo de la mujer siempre fue considerado como mera Naturaleza, y el hombre como Espíritu que, al inseminarla, la domina], es lo que fue olvidado en el marxismo político: el fundamento donde la racionalidad occidental se asienta al deslindarla. Por eso escribe contra un marxismo restringido: "Marx fue uno de los primeros que vivió y que sintió la Historia (...), pero se detuvo (...) sin abrirse a la naturaleza". "La juventud desea elevarse primero hasta la naturaleza antes de dejarse anonadar por la parte económica de los hechos."

No importa si lo que dice de Marx sea cierto, aunque es válido para sus adeptos.

> *Porque comenzamos a pensar sólo desde la madre reprimida y asexuada: pensar desde el terror –la amenaza de castración, la llaman– que nos separa de ella. Para pensar tenemos que acallar las marcas de su cuerpo cálido y vivo.*

Artaud no niega a la economía: sólo nos dice que hay que pensarla desde antes, y desde otro sitio.

La razón no es una conquista sublime del hombre pensante sino el resultado de una dominación patriarcal bajo la cual se oculta su esencia escindida y degradada. Es en los cuerpos sexuados donde el poder se debate: frente a la "naturaleza" de lo femenino, el horror deja paso a lo Diferente travestido de lo Mismo, que resulta más benigno y sólo por eso gozado.

Hasta el racionalismo humanista más crítico y moderno se proclamó, inocente y seguro de sí mismo, como una razón neutra y asexuada: "El Humanismo del Renacimiento no fue un engrandecimiento sino una disminución del hombre, ya que el Hombre dejó de elevarse hasta la Naturaleza (...) y la consideración exclusiva de lo humano hizo perder lo Natural".

La razón no penetra en el corazón secreto de las cosas y los seres, e ignora los misterios oscuros y anhelados que la persiguen y la aterran si osara pensarlos: ignora que el pensar es una "exudación física de la inquietud del espíritu". "La razón no tiene más que una forma más o menos vacía de verdadero pensamiento. La razón del espíritu [patriarcal] mira siempre a la muerte. La razón, facultad europea exaltada desmesuradamente, es siempre un simulacro de la muerte. La razón que registra hechos es un simulacro de la razón muerta. (...) Europa ha despedazado la naturaleza con sus ciencias separadas. Biología, historia natural, química, física, psiquiatría, neurología, fisiología, todas estas germinaciones monstruosas, orgullo de las universidades", y ahora –agregaríamos– orgullo de las multinacionales. "Lo que el paganismo ha divinizado, Europa lo ha mecanizado." "Nosotros aspiramos a arrebatárselo a esa ciencia que ahoga nuestra vitalidad." La razón mira a la muerte porque se apoya sobre aquello que primero tuvo que matar en sí misma para pensar luego. "Junto con la revolución social y económica indispensable, esperemos todos una revolución de la conciencia que nos permitirá curar la vida."

Por eso el surrealismo "es un movimiento vestido de imágenes": el elemento sensible en el cual cobran sentido las palabras que la conciencia enuncia.

"Un terrible hervor de revuelta contra toda forma de opresión material o espiritual nos agitaba. (...) Padre, Patria, Religión, Familia. (...) En esta revuelta comprometíamos materialmente el alma."

Si no recuperamos entonces como fundamento del pensar racional esa impronta sensible, afectiva e imaginaria, cuyo origen está acallado y metamorfoseado –travestido–, estamos despojando al hombre de poder crear ideas nuevas, porque las ideas son relaciones entre seres, cosas, imágenes y afectos, y no –como se dice– sólo un desplazamiento encadenado de significantes descorporizados. Para poder pensar hay que sentir e imaginar desde lo más hondo. La pregunta es: ¿cómo la cultura ordena esas relaciones imaginarias y esos sentimientos primeros para inscribir en ellos su propia jerarquía, su "ordo amoris"?

Poner el cuerpo implica –más allá del empirismo– ir al origen mismo de nuestro propio fundamento. El problema reside en que la conciencia no quiere pensar el fundamento que la convirtió en conciencia. Por eso dice: "La conciencia es una forma más o menos vacía de verdadero pensamiento".

> *Quiere volver a la pureza encubridora de la fantasía cristiana de su propio nacimiento para evadirse del martirio del hospicio, donde sus imágenes rebeldes son consideradas como alucinaciones y delirios.*

Patria, Patrón, Padre

Artaud enfrentaba, como revolucionario, tres poderes de coerción: Padre, Patria y Patrón. El poder del Patrón y de la Patria se refiere a la dominación económica. Pero, ¿qué significa Padre –todas las formas del Padre– para la revolución política?

El poder del Padre forma sistema con el poder del Patrón y de la Patria.

"Padre, Patria y Patrón es la teología que sirve de base a la vieja sociedad patriarcal, y hoy a la jauría fascista." "Contra todas las formas del Padre, contra la preponderancia invasora del Padre en las costumbres y en las ideas."

¿Cuál es la experiencia del Padre dentro de la sociedad patriarcal? Hay que ir a la propia experiencia del primer sometimiento infantil para fundar todo conocimiento político. Cada uno debe buscar las primeras marcas del poder desde su propio cuerpo histórico, plantear nuevamente al sujeto, nos dice Artaud, más allá del patriarcalismo. Pensar un sujeto que en su propio fundamento escindido pueda, sin embargo, retornar desde la conciencia adulta, atravesando los estratos y las zonas separadas en uno mismo por la experiencia y el tiempo, hasta alcanzar el sentimiento ignorado o reprimido que funda en cada uno el dominio patriarcal: "Atacar las cosas en su secreto"; penetrar hasta "los fondos ocultos del Hombre"; "hacernos caer a pico hasta el punto donde todo se abandona para estar seguros de volver a empezar".

El Padre

En Artaud, cada experiencia adquiere un sentido superlativo, como si realizara sobre sí mismo una ampliación para llegar al grano menudo de sus vivencias. Y paga su precio: vive desesperado. A ese precio alcanzará el secreto de su vida. Del Padre dice: "El Padre es destructor. Un espíritu desesperado de rigor que para pensar coloca sobre el plano altísimo de la naturaleza vive al Padre como a un enemigo. (...) El movimiento natural del Padre contra el Hijo entre la Familia es el odio".

El "plano altísimo de la naturaleza" en Artaud es el lugar que corresponde al cuerpo sensible de la Madre. Plantea a la Sagrada Familia cristiana invirtiendo su pureza celeste: el odio es inseparable del amor, proclama. Pero el Padre es también víctima: "Cada Padre en particular trata, dentro de su ser, de acomodarse".

A este Padre sólo cuando muere reconoce qué es lo que a él lo ligaba: "Hasta los 27 años viví bajo el odio oscuro del Padre, de mi propio Padre. Hasta el día en que lo vi morir. Entonces cedió ese rigor inhumano del que le acusaba yo de esclavizarme. Otro ser salió de ese cuerpo. Y por primera vez en la vida ese Padre me tendió los brazos". "Y yo, a quien mi cuerpo le sobra, comprendí que durante toda su vida a él le había sobrado su cuerpo y que existe una mentira del ser contra la que hemos nacido para protestar."

Había comprendido que su padre era también un ser sufriente y humillado: su cuerpo sintiente le sobraba. El padre una vez muerto le traspasa al hijo la protesta de su espíritu. Coincidían en lo muerto ambos cuerpos, fragmentados y separados por la misma cultura. Sólo permanece ahora, como única herencia, la necesidad de luchar contra la destrucción que sufren los cuerpos masculinos en el patriarcalismo: prolongar "el espíritu de protesta" contra esa muerte. Ese padre que lo llenaba de odio había asumido, cuando vivo, la función patriarcal del Padre en la Sagrada Familia. Lo comprende cuando muere. Ese cuerpo sobrante es el que se va a empeñar en vivificar Artaud, el sobreviviente, para comprender "el secreto de la vida".

Reflexiones desde México

"La civilización actual de Europa está en quiebra. La Europa dualista no tiene ya qué ofrecer al mundo sino una inverosímil pulverización de culturas. De esta pulverización de culturas es preciso extraer de nuevo una unidad." "Los EE.UU. no han hecho otra cosa que multiplicar hasta el infinito la decadencia y los vicios de Europa." "Queda México (...), cuyos hombres llevan en el interior de sí mismos las antiguas relaciones anímicas del hombre y la naturaleza. (...) Estas fuerzas forman parte del dominio anímico de la naturaleza, tal como se la conocía en los tiempos paganos." "Yo he venido a México, cuya cultura tiene un aspecto único, a buscar una nueva idea del hombre." "Pero este descubrimiento estará limpio de toda superstición, de todo alcance religioso, por pequeño que sea."

Frente a la cultura cristiana, dualista y patriarcal, Artaud es monista: "Existe una identidad absoluta entre las fuerzas del cuerpo y las de la inteligencia". "Sostengo que no hay ni cuerpo ni espíritu sino modalidades de una fuerza y de una acción únicas." Y, sin embargo, todavía oscila: cae a veces a nivel de la conciencia que critica al afirmar como suya la separación tradicional que denuncia: "Masculino y femenino. Las sociedades antiguas consagraron en términos famosos el eterno antagonismo entre las fuerzas del espíritu, que son masculinas, y las fuerzas del cuerpo o de la materia, cuya pasiva pesantez es justamente femenina". "Esas viejas nociones sin las cuales la vida es incomprensible."

A nivel de la conciencia, Artaud mantiene todavía la separación entre cuerpo natural y pasivo de la mujer, y espíritu cultural y activo del hombre, como si la separación entre espíritu y cuerpo no tuviese nada que ver con esta otra dicotomía. Había negado que tal separación exista, es cierto. Sin embargo, considera, todavía aquí, que "el verdadero secreto no será revelado porque forma parte de lo inefable. En el fondo de toda cultura verídica existen secretos inefables, porque proceden de ese margen de vacío en donde nuestra eterna ignorancia nos obliga a situar los orígenes de la verdad".

Sucede que Artaud, cuya cultura originaria es profundamente cristiana, se instala a veces en las mismas categorías que combate. Es como si con su sola conciencia no supiera claramente todavía, mientras busca "los orígenes de la verdad", que a la separación entre cuerpo y espíritu que critica le antecede otra separación previa que por ahora acepta: la separación entre el cuerpo de la mujer y el espíritu del hombre. Eso lo descubrirá en su experiencia alucinatoria con los tarahumaras.

El viaje al país de los tarahumaras

Pero no se trata, como en los empiristas, de partir sólo de lo sensible sino desde una relación humana sexuada –hombre y mujer–, cuyo sentido originario es fundador del pensamiento. La significación brota del acoplamiento de los cuerpos.

¿Que pasó con la madre? Artaud, vimos, tuvo una experiencia contradictoria con el Padre vivo y con el padre muerto. Pero también tuvo una experiencia todavía contenida con la Madre, pues es en lo materno donde se esconde una de las claves del misterio de la vida por el cual se pregunta. La preocupación por la Natividad aparece cuando interroga a los pintores anteriores al Renacimiento racionalista de Europa.

"No fue sólo movido por un espíritu religioso por lo que los Piero della Francesca, los Luca de Leyde, los Fra Angélico, los Piero di Cósimo y los Mantegna pintaron sus Natividades. Fue por una preocupación tradicional, por un deseo de investigación de los secretos de la vida y a causa de esa obsesión de los grandes espíritus por el cómo y el porqué de los principios y de las explosiones primitivas de la naturaleza."

El misterio secreto de la Naturaleza está en la madre engendradora, y por eso lo busca en la Natividad de los grandes espíritus que pintaron su imagen: se interroga a través de ellos por los principios que el racionalismo humanista occidental, patriarcal y cristiano, dejó de lado. En la Natividad se muestra y al mismo tiempo se esconde ese secreto, y en el deslizarse amoroso de los pinceles que se empeñan en pintar la imagen coloreada de la Madre se busca comprender, en su insistencia obsesiva, una de las explosiones primitivas de la Naturaleza. Y también nos dice que la religión –para el caso, el cristianismo– se ha apoderado de estos principios para desvirtuar el sentido profundo que encierran, y someter a los pueblos. Por eso, agrega, "los cuadros de dichos pintores, de ser posible de leerlos con las fibras afectivas del alma, podrían leerse también con la alta ciencia racional del espíritu", es decir con una racionalidad nueva que los tome como punto de partida. En la Natividad se esconde el misterio de la vida.

La danza del peyote

Este misterio es lo que Artaud se propone experimentar. Compartir la experiencia fundamental de una cultura que incluye lo femenino junto con lo masculino. Y lo encuentra entre los tarahumaras mexicanos. Con la ayuda de un alucinógeno, el peyote, puede acceder a enfrentar lo Mismo con lo Mismo, la alucinación infantil con la alucinación adulta, para dar el combate en el mismo estrato de la subjetividad en el que su experiencia infantil se construyó. Aprender de una cultura donde la mujer, la hembra, está tan presente en el fundamento de la vida y en las relaciones esenciales del hombre con la naturaleza. Esto se le revela en la representación de un rito, donde un hombre y una mujer se entrelazan, y expresan en la cópula sexual el fundamento de esa unidad primaria que constituye el sentido originario de la vida.

"Los tarahumaras no creen en Dios, y ni siquiera la palabra existe en su lenguaje. Sólo rinden un culto a un principio trascendente de la naturaleza, por el cual éste es varón y hembra, *como se debe*. (...) Son una raza ligada a la fuerza originalmente varón y hembra, con las cuales ha



...ndamento de la razón"

ZITCHNER

sirve de base a la vieja sociedad patriarcal, y hoy a la jauría fascista." "Contra todas las formas del Padre, contra la preponderancia invasora del Padre en las costumbres y en las ideas."

¿Cuál es la experiencia del Padre dentro de la sociedad patriarcal? Hay que ir a la propia experiencia del primer sometimiento infantil para fundar todo conocimiento político. Cada uno debe buscar las primeras marcas del poder desde su propio cuerpo histórico, plantear nuevamente al sujeto, nos dice Artaud, más allá del patriarcalismo. Pensar un sujeto que en su propio fundamento escindido pueda, sin embargo, retornar desde la conciencia adulta, atravesando los estratos y las zonas separadas en uno mismo por la experiencia y el tiempo, hasta alcanzar el sentimiento ignorado o reprimido que funda en cada uno el dominio patriarcal: "Atacar las cosas en su secreto"; penetrar hasta "los fondos ocultos del Hombre";"hacernos caer a pico hasta el punto donde todo se abandona para estar seguros de volver a empezar".

El Padre

En Artaud, cada experiencia adquiere un sentido superlativo, como si realizara sobre sí mismo una ampliación para llegar al grano menudo de sus vivencias. Y paga su precio: vive desesperado. A ese precio alcanzará el secreto de su vida. Del Padre dice: "El Padre es destructor. Un espíritu desesperado de rigor que para pensar coloca sobre el plano altísimo de la naturaleza vive al Padre como a un enemigo. (...) El movimiento natural del Padre contra el Hijo entre la Familia es el odio".

El "plano altísimo de la naturaleza" en Artaud es el lugar que corresponde al cuerpo sensible de la Madre. Plantea a la Sagrada Familia cristiana invirtiendo su pureza celeste: el odio es inseparable del amor, proclama. Pero el Padre es también víctima: "Cada Padre en particular trata, dentro de su ser, de acomodarse".

A este Padre sólo cuando muere reconoce qué es lo que a él lo ligaba: "Hasta los 27 años viví bajo el odio oscuro del Padre, de mi propio Padre. Hasta el día en que lo vi morir. Entonces cedió ese rigor inhumano del que le acusaba yo de esclavizarme. Otro ser salió de ese cuerpo. Y por primera vez en la vida ese Padre me tendió los brazos". "Y yo, a quien mi cuerpo le sobra, comprendí que durante toda su vida a él le había sobrado su cuerpo y que existe una mentira del ser contra la que hemos nacido para protestar."

Había comprendido que su padre era también un ser sufriente y humillado: su cuerpo sintiente le sobraba. El padre una vez muerto le traspasa al hijo la protesta de su espíritu. Coincidían en lo muerto ambos cuerpos, fragmentados y separados por la misma cultura. Sólo permanece ahora, como única herencia, la necesidad de luchar contra la destrucción que sufren los cuerpos masculinos en el patriarcalismo: prolongar "el espíritu de protesta" contra esa muerte. Ese padre que lo llenaba de odio había asumido, cuando vivo, la función patriarcal del Padre en la Sagrada Familia. Lo comprende cuando muere. Ese cuerpo sobrante es el que se va a empeñar en vivificar Artaud, el sobreviviente, para comprender "el secreto de la vida".

Reflexiones desde México

"La civilización actual de Europa está en quiebra. La Europa dualista no tiene ya qué ofrecer al mundo sino una inverosímil pulverización de culturas. De esta pulverización de culturas es preciso extraer de nuevo una unidad." "Los EE.UU. no han hecho otra cosa que multiplicar hasta el infinito la decadencia y los vicios de Europa." "Queda México (...), cuyos hombres llevan en el interior de sí mismos las antiguas relaciones anímicas del hombre y la naturaleza. (...) Estas fuerzas forman parte del dominio anímico de la naturaleza, tal como se la conocía en los tiempos paganos." "Yo he venido a México, cuya cultura tiene un aspecto único, a buscar una nueva idea del hombre." "Pero este descubrimiento estará limpio de toda superstición, de todo alcance religioso, por pequeño que sea."

Frente a la cultura cristiana, dualista y patriarcal, Artaud es monista: "Existe una identidad absoluta entre las fuerzas del cuerpo y las de la inteligencia". "Sostengo que no hay ni cuerpo ni espíritu sino modalidades de una fuerza y de una acción únicas." Y, sin embargo, todavía oscila: cae a veces a nivel de la conciencia que critica al afirmar como suya la separación tradicional que denuncia: "Masculino y femenino. Las sociedades antiguas consagraron en términos famosos el eterno antagonismo entre las fuerzas del espíritu, que son masculinas, y las fuerzas del cuerpo y de la materia, cuya pasiva pesantez es justamente femenina". "Esas viejas nociones sin las cuales la vida es incomprensible."

A nivel de la conciencia, Artaud mantiene todavía la separación entre cuerpo natural y pasivo de la mujer, y espíritu cultural y activo del hombre, como si la separación entre espíritu y cuerpo no tuviese nada que ver con esta otra dicotomía. Había negado que tal separación exista, es cierto. Sin embargo, considera, todavía aquí, que "el verdadero secreto no será revelado porque forma parte de lo inefable. En el fondo de toda cultura verídica existen secretos inefables, porque proceden de ese margen de vacío en donde nuestra eterna ignorancia nos obliga a situar los orígenes de la verdad".

Sucede que Artaud, cuya cultura originaria es profundamente cristiana, se instala a veces en las mismas categorías que combate. Es como si con su sola conciencia no supiera claramente todavía, mientras busca "los orígenes de la verdad", que a la separación entre cuerpo y espíritu que critica le antecede otra separación previa que por ahora acepta: la separación entre el cuerpo de la mujer y el espíritu del hombre. Eso lo descubrirá en su experiencia alucinatoria con los tarahumaras.

El viaje al país de los tarahumaras

Pero no se trata, como en los empiristas, de partir sólo de lo sensible sino desde una relación humana sexuada –hombre y mujer–, cuyo sentido originario es fundador del pensamiento. La significación brota del acoplamiento de los cuerpos.

¿Que pasó con la madre? Artaud, vimos, tuvo una experiencia contradictoria con el Padre vivo y con el padre muerto. Pero también tuvo una experiencia todavía contenida con la Madre, pues es en lo materno donde se esconde una de las claves del misterio de la vida por el cual se pregunta. La preocupación por la Natividad aparece cuando interroga a los pintores anteriores al Renacimiento racionalista de Europa.

"No fue sólo movido por un espíritu religioso por lo que los Piero della Francesca, los Luca de Leyde, los Fra Angélico, los Piero di Cósimo y los Mantegna pintaron sus Natividades. Fue por una preocupación tradicional, por un deseo de investigación de los secretos de la vida y a causa de esa obsesión de los grandes espíritus por el cómo y el porqué de los principios y de las explosiones primitivas de la naturaleza."

El misterio secreto de la Naturaleza está en la madre engendradora, y por eso lo busca en la Natividad de los grandes espíritus que pintaron su imagen: se interroga a través de ellos por los principios que el racionalismo humanista occidental, patriarcal y cristiano, dejó de lado. En la Natividad se muestra y al mismo tiempo se esconde ese secreto, y en el deslizarse amoroso de los pinceles que se empeñan en pintar la imagen coloreada de la Madre se busca comprender, en su insistencia obsesiva, una de las explosiones primitivas de la Naturaleza. Y también nos dice que la religión –para el caso, el cristianismo– se ha apoderado de estos principios para desvirtuar el sentido profundo que encierran, y someter a los pueblos. Por eso, agrega, "los cuadros de dichos pintores, de ser posible de leerlos con las fibras afectivas del alma, podrían leerse también con la alta ciencia racional del espíritu", es decir con una racionalidad nueva que los tome como punto de partida. En la Natividad se esconde el misterio de la vida.

La danza del peyote

Este misterio es lo que Artaud se propone experimentar. Compartir la experiencia fundamental de una cultura que incluye lo femenino junto con lo masculino. Y lo encuentra entre los tarahumaras mexicanos. Con la ayuda de un alucinógeno, el peyote, puede acceder a enfrentar lo Mismo con lo Mismo, la alucinación infantil con la alucinación adulta, para dar el combate en el mismo estrato de la subjetividad en el que su experiencia infantil se construyó. Aprender de una cultura donde la mujer, la hembra, está tan presente en el fundamento de la vida y en las relaciones esenciales del hombre con la naturaleza. Esto se le revela en la representación de un rito, donde un hombre y una mujer se entrelazan, y expresan en la cópula sexual el fundamento de esa unidad primaria que constituye el sentido originario de la vida.

"Los tarahumaras no creen en Dios, y ni siquiera la palabra existe en su lenguaje. Sólo rinden un culto a un principio trascendente de la naturaleza, por el cual éste es varón y hembra, *como se debe*. (...) Son una raza ligada a la fuerza originalmente varón y hembra, con las cuales ha





ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

trabajado la naturaleza. (...) Los tarahumaras no temen a la muerte física. El cuerpo, dicen, está hecho para su desaparición. Es la muerte espiritual lo que ellos temen y no en un sentido católico, aunque los jesuitas hayan pasado por allí. El mal para ellos no consiste en el pecado. Para los tarahumaras el pecado no existe. El mal es la pérdida de la conciencia. (...) Pertenecen a una raza originalmente varón y hembra. (...) Los puranas llevan el recuerdo de la guerra que el varón y la hembra de la naturaleza se hicieron y de la cual en otro tiempo participaron los hombres. (...) En el interior de la raza tarahumara lo masculino y lo femenino –esto es, el varón y la hembra– existen simultáneamente. (...) Esta filosofía reúne la acción de dos fuerzas contrarias en un equilibrio casi divino."

"La escena de la Natividad", que antes había interrogado en los pintores flamencos, revela su misterio en este encuentro entre el hombre y la mujer: exponen el secreto, su propio nacimiento.

"Tenía ante mí la Natividad de Jerónimo Bosch (...)"

"Al pie de cada hechicero, un agujero en cuyo fondo el Macho y la Hembra de la Naturaleza, representados por las raíces hermafroditas del peyote (sépase que el peyote tiene la figura de un sexo de hombre y de mujer en cópula), duermen en la materia, es decir en lo Concreto."

Y describe, emocionado, la escena fulgurante: "El hombre primero sacudió la cabeza y tocó la tierra con las plantas de las manos. La mujer movió la espalda. Entonces el sacerdote escupió, no saliva sino aliento. Y bajo la acción de esta conmoción pulmonar, el hombre y la mujer, al mismo instante, se animaron y se levantaron por completo. De acuerdo con la manera en que estaban de pie, uno frente al otro (...), uno comprendía que los que estaban allí no eran un hombre y una mujer sino dos principios. El macho, boca abierta, con la encías destellando, rojas encendidas, sangrando y como trituradas por el racimo de los dientes traslúcidos, en ese momento semejante a la lengua de mandato. La hembra, larva desdentada, (...) con las muelas picadas por la lima, como una rata en su ratonera, comprimida en su celo, escapándose, volteándose frente al macho hirsuto; y que iban a entretejerse, a lanzarse frenéticamente uno sobre el otro como las cosas, después de haberse contemplado un rato y haber luchado, se enroscan finalmente frente al ojo indiscreto y culpable de Dios".

En ese entrelazamiento desgarrado y gozoso del hombre y la mujer se le revela a Artaud el misterio que la Natividad cristiana oculta: su propio origen. La Virgen y el Niño cristianos en el imaginario europeo de Artaud han desaparecido: se le ha revelado su secreto vedado.

"Suplemento" al "Viaje al país de los tarahumaras"

Pero en el hospicio, Artaud –medicinas y electroshocks mediante– vuelve a caer nuevamente en el cristianismo. La figura de un Padre perdido recobra su poder. Se desdice del descubrimiento que tuvo con los tarahumaras y vuelve a caer de nuevo en un Dios-Padre alarmado, y en el hijo puro, desexualizado.

Y se describe: "El hijo del Deseoso, al subir hasta su Padre, había recobrado con El su marcha hacia la Eternidad". El Deseoso Antonin se aleja del objeto de la carne.

El padre es ahora el generador del hijo, ya no la madre, y retorna, alarmado ante el hijo rebelde, para que no pregunte nada: que sólo adore la llama de su palabra.

"Ya no hay ni conciencia ni pregunta sino una llama indescriptible, que brota del espíritu de Dios cada vez que Su Corazón se alarma." Su propia pregunta se confunde: ¿es suya o la de Dios padre? "No sabe si esa cruz ha salido de su propio corazón o del corazón del Otro (...), aquel Distribuidor de Llamaradas cuya lengua taladra y recoge el gusto por la Palabra, mientras que el corazón que latía como un Doble reconoce a su generador."

Si el Padre es el generador, la sensualidad materna y femenina queda eliminada. Sólo alcanza "la superación eterna de lo horrible", los demonios materialistas y sensuales, que sólo Dios logra "cuando haya cerrado con llave mi corazón".

Y en un alto vuelo revaloriza las nociones metafísicas, abstractas y vacías que antes había denunciado: "Lo Absoluto, la Eternidad, lo Infinito", que están ligadas "a ese más allá de las percepciones corporales, donde el corazón del Divino se consume llamándonos. Pues ésa es la verdadera historia de Jesucristo".

Artaud retorna desde los dioses mexicanos otra vez al Dios de la cultura europea. Ahora ocupa el lugar del indio tarahumara evangelizado y sometido: suplanta a los dioses de su cultura, que tenía la figura solar del macho y la hembra, por las figuras cristianas. Donde era Artaud ha de ser Jesucristo.

Todo ha sido invertido. Su experiencia fundamental, que lo había llevado a México, queda aniquilada. Y el peyote, que abría antes la cercanía con la verdad de la sensibilidad, de la imaginación y de la sexualidad del cuerpo, cumple una función distinta: "Entonces interviene el peyote suministrado por Jesucristo". Jesucristo nos droga, pero para que seamos buenos. "El concibió el Bien como bueno y el Mal como malo, como Dios jamás ha dejado de decírselo." Los Sacerdotes del Ciguri, corrige, dicen lo mismo "que los Místicos de Jesucristo, no ya en sensaciones y visiones sino con la prueba del martirio y la experiencia de sus llagas". El placer del cuerpo sexuado tarahumara es sustituido por el dolorismo cristiano.

Pero también lo interno se convierte en enemigo: "La ola de voluntades enemigas que, no sé por qué, piensa en mí".

"Un día estuve lejos de Dios; pero nunca me sentí tan lejos de mi propia conciencia, y vi que sin Dios no hay ni conciencia ni ser, y que el hombre que se cree aún vivo no podría nunca entrar más en sí. Pues ésa es la verdadera historia de Jesucristo, tal como la doctrina del cristianismo de las catacumbas nos la han transmitido."

Se había alejado de Cristo, y había que volver a Cristo para encontrar la cordura grata a los médicos, que lo seguían torturando, y de los hombres que lo habían dejado solo. Reniega de los placeres del cuerpo y de la sexualidad.

"¿Por qué es necesario que en todos mis impulsos hacia el más allá (...) no deje de entrometerse esta supuración de lo infame, estas insinuaciones de un erotismo abyecto? ¿Jamás veré pues las cosas a la luz y la castidad en que nacieron?"

La Natividad casta. Quiere volver a la pureza encubridora de la fantasía cristiana de su propio nacimiento para evadirse del martirio del hospicio, donde sus imágenes rebeldes son consideradas como alucinaciones y delirios. Aquel que tuvo el coraje de ir hasta el meollo de su propio fundamento ahora se retracta para reivindicar de nuevo las marcas tradicionales de la cultura de la infancia. Internado y torturado con descargas eléctricas, trata de encontrar la salvación por todas partes, seduciendo a quienes lo torturan: vuelve a creer en Jesucristo.

Nuevamente plantea la exclusión radical y completa de lo corpóreo para alcanzar lo eterno.

"Con Ciguri-Jesucristo (el peyote), en los altos nubarrones, vi todo lo que es conciencia y ser. Y más arriba, en lo inexistente, esa imagen en que la conciencia degradada del hombre tendió a amoldar a la sexualidad. Porque ésta es el pecado, y alcanzarla es subir del ser para perderse en la nada."

Final: el reencuentro con el origen

Y ya en el hospicio de Rodez, en una carta del '45, critica su retorno a Cristo plantеado en el "Suplemento al viaje" a los tarahumaras, que ahora repudia, y le pide a su amigo Parisot que "publique esa carta en lugar del Suplemento", que había escrito cuando, sometido a tortura, ratificó aterrado su vuelta al cristianismo.

Artaud no quiere ocupar el lugar de Jesucristo en la familia humana. Al principio había recuperado al Padre. Ahora se recupera a sí mismo a través de la madre: "Hace menos de tres semanas le escribí una carta para pedirle que publicara el 'Viaje al país de los tarahumaras', adjuntándole otra para colocarla en lugar del 'Suplemento al viaje', en el cual cometí la imbecilidad de decirle que me había convertido a Jesucristo, siendo que Cristo es lo que siempre he abominado más, y que esta conversión no ha sido más que el resultado de un embrujamiento espantoso que me había hecho olvidar mi propia naturaleza [mi propia madre, agregaríamos] y que aquí, en Rodez, me ha hecho tragar bajo el nombre de comunión un número espantoso de hostias destinadas a mantenerme lo más posible, y aun eternamente, dentro de un ser que no es el mío. Este ser consiste en subir al cielo en espíritu en lugar de descender cada vez más en el cuerpo hacia el infierno, es decir en la sexualidad, alma de toda vida (...). La ascensión del nombrado Jesucristo hace dos mil años no ha sido más que la ascensión a una vertical infinita, donde un día he dejado de ser y donde todo lo que le pertenecía recayó en el sexo de todos los hombres, como la base de toda libido". Y agrega: "Esa gula de pereza y de ruindad llamada Dios y Jesucristo".

Artaud está maduro para enfrentar la difícil verdad de su secreto. Como antes había reconocido a su padre una vez muerto, ahora reconocerá a su madre: puede hacer coincidir el acuerdo de los cuerpos tarahumaras, macho y hembra, con el de su propio terrenal nacimiento. No era muy grato reconocer en esa madre la imagen devoradora que lo perseguía para apoderarse de su cuerpo, pero lo hace para liberarse de una fantasía religiosa –la madre virgen– a la que, por tenebrosa, había excluido de su vida. El yo de Artaud encontró al fin la dolorosa realidad de su secreto: puede retomar su propio camino.

"Es decir que no fue a Jesucristo a quien fui a buscar entre los tarahumaras sino a mí mismo yo." "Al señor Antonin Artaud, nacido el 4 de septiembre de 1896 en Marsella, en el número 4 de la calle del Jardín de las Plantas. De un útero donde yo no tenía nada que hacer, con el que no tenía siquiera que ver antes. Porque no es una forma de nacer la de ser copulado y masturbado nueve meses por la membrana, la membrana desgarrada que devora sin dientes (...). Y yo sé que nací de otra manera, de mis obras y no de una madre. Pero la Madre ha querido apoderarse de mí, y ya ve usted el resultado de mi vida. Yo sólo he nacido de mi dolor, y ojalá que usted también haya podido hacerlo, señor Henri Parisot. Y este dolor hay que creer que el útero lo encontró bueno hace ahora 49 años, porque ha pretendido apoderarse de él para sí y alimentarse de él bajo el pretexto de la maternidad. Y Jesucristo es ese nacido de una madre que también quiso tomarme para sí, y eso mucho antes del tiempo y del mundo, y yo no fui a las alturas de México más que para despojarme de Jesucristo", etc., etc.

Esa madre cristiana que lo había engendrado –suponemos también productora de locura y desgarro– sería aquella que para vengarse de los hombres dominadores considera que el hijo es una parte de sí misma, que no está dispuesta a entregarlo. Artaud es el fruto de una desventura patriarcal que se revela como lucha y desgracia en su propio engendramiento en la familia. Y el hijo debe reconocer de qué manera pudo haber nacido de una madre histórica, ni Virgen ni santa, que le dio la vida. Tiene que regresar imaginariamente hasta el útero para tratar de encontrar allí el primer significante doloroso de su infancia. Va buscando el lugar más entrañable, oscurecido antes en las fantasías encubridoras y puras del cristianismo. Ese fantasma que lo perseguía era la cópula del hombre y la mujer, y encerraba el secreto turbio y persecutorio de su propio nacimiento: el misterio originario de la vida.

Habría que describir, como contraparte de esta escena insoportable, la respuesta que en el hombre cristiano se da como transposición tranquilizante. No es en el útero de la madre virgen que ha engendrado a Cristo, sin verga de hombre, sin goce y sin padre. Encuentra el desconsuelo aterrador de un origen repudiado por el imaginario cristiano. La tragedia que enfrenta Artaud es la tragedia de un hombre cristiano que trata de elaborar una respuesta propia y veraz para su vida. Donde era Cristo ha de ser Artaud. El cristianismo impedía penetrar en ese misterio. Artaud poeta arriesgó su vida para reconocer ese origen sensible del pensamiento que los filósofos ocultan. Porque ese fundamento arcaico que está dado por lo materno es justamente el más recóndito, que lo pudo llevar casi hasta el límite de la locura o hasta la locura misma.

Es importante recuperar para la razón este principio –¿epistemológico dirían?– que plantea la premisa originaria desde la cual se ordena todo lo pensable. Y ahí está la marca fundamental del patriarcalismo: la negación de lo materno sensible en el fundamento de nuestra cultura cristiana. La verdadera madre primera de Artaud, aun siendo una madre terrible, o aun siniestra, fue, sin embargo, la suya, que debe ser reconocida como el real fundamento histórico de su vida.

Pero con la razón cristiana no podemos aproximarnos a las huellas arcaicas que la madre dejó en nosotros, ni reavivar las figuras más entrañables depositadas en nuestra experiencia primera de hijos. Porque comenzamos a pensar sólo desde la madre reprimida y asexuada: pensar desdeel terror –la amenaza de castración, la llaman que nos separa de ella. Para pensar tenemos que acallar las marcas de su cuerpo cálido y vivo. Por más que nos duela, frente a la fantasía incolora y pueril que disfraza el desconsuelo. Quizás accedamos así a una razón diferente de la cristiana.